# SANTIAGO DAMOUR

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCIDO PARA "EL NACIONAL."

MEXICO

Tip. de GONZALO A. ESTEVA.
San Juan de Letrán, núm. 6.

1883

## I.

Allá, en Nouméa, cuando Santiago Damour dejaba vagar su mirada por el vacío horizonte del mar, creía ver dibujarse en él toda su historia, las miserias del sitio, las cóleras de la Comuna, despues de aquella separacion violenta que lo había arrojado tan léjos, en el abatimiento más profundo, y casi sin vida. No era una vision clara de sus recuerdos la que le arrullaba enterneciéndole, sino el pálido reflejo que en su imaginacion oscurecida por el sufrimiento, proyectaban algunos de los hechos de esa historia, que habían quedado aún en pié, y se levantaban de entre las ruinas confusas de los otros.

A los veintiseis años, Santiago se había casado con Felicia, hermosa muchacha de diez y ocho, que era sobrina de una frutera de la Villette, á quien él alquilaba un cuarto. Santiago era cincelador sobre metales, y ganaba hasta doce francos por dia; ella al principio había sido costurera, pero luego que tuvieron un niño, se dedicó á la crianza de su hijo y al cuidado de su casa.

Eugenio se desarrollaba con lozanía. Nueve años más tarde nació una niña á quien llamaron Luisa; mucho tiempo permaneció tan enfermiza, que tuvieron que gastar una buena suma en médicos y drogas. Sin embargo, la posicion de Santiago no era mala; algunas veces celebraba el lúnes, pero áun entónces se mostraba razonable recogiéndose temprano si había bebido mucho, y al dia siguiente volvía á su trabajo, reprochándose él mismo su conducta y llamándose, bueno para nada. Eugenio desde á los doce años fué puesto al torno. El rapaz sabía apénas leer y escribir y ya podía ganarse la vida. Felicia, activa y hacendosa, manejaba la casa con acierto; un poco "miserable" algunas veces, como la llamaba su esposo, porque les servía legumbres más frecuentemente que carne, á fin de hacer economías que pudieran utilizarse en caso de desgracia. Esta fué su mejor época. Habitaban en Ménilmontant, calle de Envierges, un departamento de tres piezas, la cámara del padre y la madre, la de Eugenio, y un comedor donde habían instalado los tornos, sin contar la cocina y un gabinete para Luisa. Todo esto estaba situado en el fondo del patio de un pequeño edificio; pero no por esto carecían de aire, pues las ventanas daban sobre un gran corral de demoliciones, donde desde en la mañana hasta en la tarde venían los carros á descargar escombros.

Cuando estalló la guerra, los Damour habitaban en la calle de los Envierges desde hacía diez años. Felicia, aunque ya se aproximaba á los cuarenta años, se conservaba aún jóven, y aunque había engordado bastante, tenía siempre toda la gracia y proporciones que la hacían la matrona hermosa del barrio. Santiago, por el contrario, parecía que se había secado, y los ocho años que le separaban de su mujer le hacían parecer viejo delante de ella. Luisa, fuera de peligro pero siempre de-

licada, tenía alguna semejanza con su padre, á lo ménos en sus delgadas formas y aspecto enfermizo. Eugenio, de diez y nueve años entónces, tenía la estatura alta y la espalda ancha, como su madre.

Vivían los tres en estrecha union, fuera de algunos lúnes que Santiago y Eugenio se entretenían en casa de los comerciantes de vino. Felicia entónces se ponía furiosa, y dos ó tres veces riñó sériamente con su marido; pero estos disgustos jamás eran de consecuencia, pues el único culpable era el vino; así es que, pasados los momentos de arrebato, todo volvía á quedar en paz, siendo esta familia la más arreglada de toda la casa, y citándosele frecuentemente como modelo.

Cuando los prusianos marcharon sobre Paris y comenzó el terrible sitio, la familia Damour contaba con más de mil francos, fruto de sus economías, lo que hacía en verdad mucho honor á Santiago y á su mujer, que no siendo más que unos pobres obreros y teniendo que educar y sostener dos hijos, habían podido reunir esa cantidad.

Los primeros meses del sitio no fueron, pues, muy penosos para los Damour. En el comedor donde los tornos dormían, se comía aún pan blanco y carne. Y todavía, conmovido por la miseria de un vecino, un gran diablo de pintor que vivía en el mismo edificio, llamado Berru, y que se moría de hambre, Santiago pudo hacerle la caridad de invitarlo á comer con él alguna vez, y bien pronto él vino por su cuenta en la mañana y en la noche. Era un farsante que tenía gran locuacidad y conseguía fácilmente desarmar á Felicia, inquieta y revelada contra aquella boca incansable que engullía lo mejor de sus economías.

Por la tarde se jugaba á las cartas apostando contra los prusianos. Berru, muy patriota, hablaba de cavar

minas en el campo é ir así hasta las baterías de Châtillon y de Montretout, para hacerlas saltar. Despues caía sobre el gobierno, un conjunto de traidores cobardes que querían traer al trono á Enrique V, abriendo las puertas de Paris á Bismarck. La república de ese gobierno de traidores le hacía levantar los hombros. ¡Ah! ¡La república! Y apoyados los codos sobre la mesa, su corta pipa en la boca, explicaba á Damour un gobierno tal como él lo concebía; todos hermanos, todos libres, la riqueza para todo el mundo; la justicia, la igualdad, reinando por todas partes, por lo alto y por lo bajo.

—Como en 93, añadía él enfáticamente.

Damour permanecía grave. Era republicano, porque desde la cuna había oido decir en torno suyo, que la república sería un dia el triunfo del obrero, la felicidad universal. Pero no tenía una idea clara de la manera cómo se arreglarían las cosas para que esto se realizara. Así, escuchaba á Berru con atencion, encontrando que razonaba muy bien y que infaliblemente la república llegaría tal como él la pintaba. Se entusiasmaba y creía firmemente que si Paris entero, los hombres, las mujeres, los niños, hubiesen marchado sobre Versailles, cantando la *Marsellesa*, se hubiera acogotado á los prusianos, tendido la mano á la provincia y fundado el gobierno del pueblo, el que debía dar rentas á todos los ciudadanos.

—Ten cuidado, repetía Felicia llena de desconfianza, eso acabará mal con tu Berru. Mantenlo en hora buena, puesto que así te agrada; pero déjalo ir solo á hacerse romper la cabeza.

Ella tambien quería la república. En 48 su padre había muerto sobre una barricada. Solamente que este recuerdo, léjos de enloquecerla, la hacía más prudente.

En lugar del pueblo, decía ella, yo sabría cómo obli-

gar al gobierno á ser justo; yo me conduciría muy bien, me mostraría muy prudente y muy firme. Los discursos de Berru la indignaban y le causaban horror, porque no le parecían razonables. Veía que Damour cambiaba, tomaba modales y decía palabras que le desagradaban mucho. Pero estaba más inquieta aún por el aire ardiente y sombrío con que su hijo Eugenio escuchaba á Berru.

En la noche, cuando Luisa se había dormido apoyada sobre la mesa, Eugenio cruzaba los brazos, bebía lentamente un pequeño baso de aguardiente, sin hablar, con los ojos fijos sobre el pintor, que traía siempre de Paris alguna historia extraordinaria de traicion: los bonapartistas hacían desde Montmartre, signos sospechosos á los alemanes, ó bien se habían encontrado ahogados en el Sena, sacos de harina ó barriles de pólvora, arrojados por los traidores, para que la ciudad cayera más pronto en manos de los enemigos.

—¡Ved ahí á un embustero! decía Felicia á su hijo, cuando Berru se había ido. No vayas tú á volarte con lo que ese hombre dice. Tú sabes que él miente.

—Yo sé lo que sé, contestaba Eugenio con un gesto terrible.

Al principio de Diciembre los Damour habían agotado sus economías.

A cada hora se anunciaba una derrota de los prusianos, una salida victoriosa que iba por fin á libertar á Paris; y la familia no se afligía mucho esperando sin cesar que el trabajo volvería pronto y todo se restablecería. Felicia hacía milagros; se habían visto obligados á comer ese pan negro del sitio, que sólo la pequeña Luisa no podía digerir.

Entónces Damour y Eugenio acabaron de calentarse la cabeza, como decía la madre. Ociosos desde la mañana

hasta la noche, fuera de sus costumbres ordinarias, con los brazos pesados, desde que ya no manejaban el torno, vivían en un malestar, en un fastidio en que los asaltaban imaginaciones feroces y sangrientas. El padre y el hijo se habían alistado, por fin, en un batallon que estaba al partir; solamente que por una contraórden ese batallon, como otros muchos, no llegó á salir ni áun de las fortificaciones y permanecía acuartelado y los soldados pasaban el dia en jugar á las cartas. Y allí fué donde Damour, con el estómago vacío y el corazon oprimido al saber la miseria de su familia, adquirió la conviccion, escuchando las noticias de los unos y los otros, de que el gobierno había jurado exterminar al pueblo, para posesionarse de la república. Berru tenía razon: nadie ignoraba que Enrique V estaba en San German, en una casa sobre la cual flotaba una bandera blanca. Pero eso terminaría. En una de las próximas mañanas se flanquearía á esos pícaros que mataban de hambre y dejaban bombardear á los obreros, para dejar en buena posicion á los nobles y al clero. Cuando Damour volvía á su casa con Eugenio, contagiados de la locura que fermentaba entre sus camaradas, no hablaban sino de matar á todo el mundo, y Felicia los escuchaba pálida y muda, en tanto que cuidaba con esmero á la pequeña Luisa que había vuelto á caer enferma á causa de los malos alimentos.

Al fin el sitio se acabó y los prusianos desfilaron por los Campos Eliseos. En la calle de los Envierges se comió pan blanco, que Felicia había ido á buscar á San Dionisio; pero la comida fué sombría. Eugenio, que había querido ver á los prusianos, daba detalles sobre el particular, cuando Santiago, blandiendo un tenedor, exclamó furioso, que habría sido necesario guillotinar á todos los generales. Felicia se enfadó y le arrebató el

tenedor. Los dias siguientes, como el trabajo no venía, se decidió ponerse á los tornos para trabajar por cuenta propia: había algunas piezas fundidas que se trataba de concluir, con la esperanza de venderlas luego.

Eugenio, que parecía no poder estar quieto en ninguna parte, abandonó el trabajo al cabo de una hora. En cuanto á Berru, había desaparecido desde el amnisticio; había encontrado, sin duda, mejor mesa en otra parte. Sin embargo, una mañana se presentó con los pavoles del vino en la cabeza, y refirió el negocio de los cañones de Montmartre. Por todas partes se levantaban barricadas, el triunfo del pueblo llegaba, en fin, y él venía á buscar á Damour, diciéndole que se tenía necesidad de todos los buenos ciudadanos. Damour dejó su torno á pesar de la oposicion resuelta de Felicia. Era la Comuna.

Entónces, los memorables dias de Marzo, Abril y Mayo trascurrieron. Cuando Damour estaba cansado y que su mujer le suplicaba que permaneciese en la casa, él respondía:

—¿Y mis treinta sueldos? ¿Quién nos dará pan?

Ella entónces bajaba la cabeza. No tenían para comer, sino los treinta sueldos del padre y los treinta del hijo, esa paga de la Guardia Nacional, que se aumentaba algunas veces con las distribuciones de vino y carne salada. Ademas, Damour estaba persuadido de encontrarse en el pleno goce de sus derechos, y disparaba su fusil contra los de Versailles, como hubiera disparado contra los prusianos, convencido de que salvaba á la república y aseguraba la felicidad del pueblo.

Despues de las fatigas y miserias del sitio, la conmosion de la Comuna le hacía vivir en una lucha tiránica en que se agitaba en calidad de héroe oscuro, decidido á morir por la defensa de la libertad. Él no entraba en las complicaciones teóricas de la idea comunista. A sus

ojos, la Comuna era simplemente la edad de oro anunciada, el principio de la felicidad universal. Y creía netamente, que en alguna parte, ya fuera en San German ó en Versailles, había un rey pronto á restablecer la Inquisicion y los derechos de los señores, si se le dejaba entrar en Paris. En su casa no era capaz Santiago de aplastar un insecto, pero en los puestos avanzados, fusilaba gendarmes sin escrúpulo. Cuando volvía á su casa, jadeante, negro con el sudor y la pólvora, pasaba horas enteras cerca de su hija enferma, escuchando su respiracion. Felicia no se cuidaba ya de detenerlo en la casa, ella esperaba con su calma de mujer entendida, el fin de todo aquel terremoto, como le llamaba.

Sin embargo, un dia se atrevió á hacer observar que aquel gran diablo de Berru, que gritaba tanto, no era tan béstia para irse á poner al alcance de los fuegos del enemigo. Había tenido la astucia de obtener una buena colocacion en la Intendencia; lo que no le impedía cuando se presentaba en casa de Damour, de gran uniforme con plumas y galones, exaltar sus ideas con discursos en que hablaba de fusilar á los ministros, á la Cámara, y á todo el mundo, cuando fuera á aprehenderlos á Versailles.

—¿Por qué no va él mismo en vez de enviar á los otros? decía Felicia.

Pero Damour respondía:

—Cállate, yo cumplo con mi deber. Tanto peor para los que no llenan el suyo.

Una mañana, hácia el fin de Abril, trajeron á la calle de los Envierges á Eugenio en una camilla, herido gravemente en el pecho, por una bala que había recibido en la accion de Moulineaux. Cuando le subían por la escalera, espiró. En la tarde que Damour volvió á la casa, encontró á Felicia silenciosa, cerca del cadáver de

su hijo. Fué este un golpe terrible para Santiago: cayó por tierra, y Felicia lo dejó sollozar sentado contra la pared, sin decirle nada, porque no encontraba qué decirle, y sabía que si soltaba la lengua, sería para gritarle: "Tuya es la culpa." Había ella cerrado la puerta del gabinete y no hacía ni el menor ruido por temor de asustar á Luisa. Así es que fué á ver si los sollozos del padre no habían despertado á su hija. Cuando Damour se levantó, mira con tenacidad sobre el muro donde se encontraba una fotografía de Eugenio, en que el jóven se había hecho retratar en trage de guardia nacional. Tomó una pluma y escribió al pié del retrato: "Yo te vengaré," y luego escribió la fecha y firmó.

Esto fué para Santiago un desahogo que le alivió un tanto.

Al dia siguiente, un carro adornado con grandes banderas rojas, condujo el cuerpo de Eugenio al cementerio del Padre-Lachaise, seguido de una multitud enorme. Damour marchaba detrás, con la cabeza descubierta, y la vista de las banderas, esa púrpura sangrienta que sombreaba la negra madera del féretro, inflamaba su corazon con pensamientos feroces.

En la calle de los Envierges, Felicia había quedado cerca de Luisa. Desde la tarde de ese mismo dia, Damour volvió á los puestos avanzados.

En fin, llegaron los dias de Mayo.

El ejército de Versailles estaba en Paris.

Damour no volvió á su casa todavía durante dos dias; él se replegaba con su batallon defendiendo las barricadas enmedio de los incendios.

No se daba cuenta de sí mismo, disparaba su fusil enmedio de la confusion y la humareda, porque tal era su deber.

En la mañana del tercero dia, apareció en la calle de

los Envierges, con el vestido hecho pedazos, el paso vacilante y el aspecto de un imbécil, como si se hubiese embriagado. Felicia lo desvestía y le enjugaba las manos con una toalla mojada, cuando una vecina que estaba presente, dijo, que los comunistas se sostenían aún en el Padre-Lachaise y que los de Versailles no podían desalojarlos.

—Yo voy allá, dijo decididamente.

Se vistió y volvió á tomar su fusil. Pero los últimos defensores de la Comuna no estaban sobre el plano de los terrenos desnudos donde dormía Eugenio.

Él esperaba confusamente hacerse matar sobre la tumba de su hijo. Pero no pudo ni áun llegar allá. Los obuses batían las grandes tumbas. Entre los árboles, ocultos tras los mármoles que blanqueaban heridos por el sol, algunos guardias nacionales descargaban aún sus fusiles sobre los soldados cuyos pantalones rojos se percibían al ir subiendo entre los troncos de los árboles y las piedras de los sepulcros. Y Damour llegó justamente para hacerse arrestar. Treinta y siete de sus compañeros fueron fusilados en el acto. Fué milagro que él escapase de esta justicia sumaria. Tal vez como su mujer le había lavado las manos y él tal vez no había hecho fuego despues, quisieron hacerle gracia. En el entorpecimiento de sus facultades y casi exánime por tantos sufrimientos, no conservaba casi recuerdo de lo que había pasado y los hechos se presentaban á su imaginacion en confuso desórden; las largas horas pasadas en sitios oscurecidos, las marchas fatigosas bajo un sol abrasador, los gritos, las detonaciones, las multitudes jadeantes, á través de las que él pasaba.

Cuando él salió de este estado de imbecilidad, se encontraba prisionero en Versailles. Felicia vino á verle, siempre pálida y serena. Cuando ella le hubo participa-

do que Luisa se encontraba mejor, permanecieron mudos los dos, no sabiendo qué decirse. Al retirarse Felicia, como para darle consuelo, añadió que ya se ocupaban de su negocio y que pronto sería puesto en libertad.

Él preguntó:

—¿Y Berru?

—¡Oh! respondió ella levantando los hombros, Berru está en plena seguridad. Ha desaparecido desde tres dias ántes de la entrada de las tropas; sin duda alguna que no se le molestará.

Un mes más tarde, Damour partía para la Nueva Caledonia. Estaba condenado á la simple deportacion. Como no habia tenido ningun grado, el Consejo de guerra lo hubiera tal vez absuelto si él no hubiera confesado con un aire tranquilo, que se había batido desde el primer dia. En su última entrevista con Felicia, le dijo sencillamente:

—Yo volveré; espérame con la niña.

Y esta palabra era la que Damour oía más claramente, en la confusion de sus recuerdos, cuando él se adormecía, con la cabeza abrumada, ante el vacío horizonte del mar. La noche con sus sombras le sorprendía allí algunas veces. A lo léjos, una mancha clara quedaba largo tiempo, como la estela del navío, hendiendo las tinieblas que crecían, y á él le parecía que debía levantarse y marchar sobre las olas, para irse sobre este rastro blanquecino, puesto que había prometido volver.

## II.

En Nouméa, Damour se conducía bien. Había encontrado trabajo y se le ofrecía obtener su perdon. Era un hombre amable y sencillo que gustaba de jugar con los niños. No se ocupaba absolutamente de política y frecuentaba poco á sus compañeros: vivía solitario; no se le podía reprochar sino que bebía, de vez en cuando, y áun entónces se conducía con moderacion, pues la embriaguez sólo se explicaba en él, por las abundantes lágrimas que le hacía derramar y el empeño de recogerse más temprano. Todo hacía esperar que no tardaría en obtener su perdon, cuando un dia desapareció. Gran admiracion causó saber que se había evadido con cuatro de sus compañeros.

Desde hacía dos años que él había sido desterrado y durante este tiempo, había recibido varias cartas de Felicia, al principio con regularidad y despues más de tarde en tarde. Él le escribía con bastante frecuencia. Tres meses se pasaron sin noticias. Entónces se exasperó y le parecía que el perdon que se le ofrecía tardaría aún dos años en llegar. Y él había arriesgado todo en uno de esos momentos de febril exaltacion, de que se arrepiente

uno al otro dia. Una semana más tarde se encontró sobre la costa, á algunas leguas de distancia, una barca destrozada y los cadáveres de tres de los fugitivos, desnudos y descompuestos ya, entre los cuales, algunos testigos aseguraron que habían reconocido á Damour; pues uno de los cadáveres tenía la misma estatura, la misma barba.

Despues de una averiguacion sumaria, tuvieron lugar las formalidades legales, se levantó el acta respectiva y se envió á Francia á peticion de la viuda, que había sido impuesta de todo el suceso por la Administracion. Toda la prensa se ocupó de esta aventura. Una narracion dramática de la evasion y de su trágico desenlace circuló en los periódicos del mundo entero.

Sin embargo, Damour vivía. Se le había confundido con uno de sus compañeros, y esto, de una manera tanto más sorprendente, cuanto que estos dos hombres en nada se parecían. Uno y otro se dejaban crecer la barba, y esta era la única semejanza que había entre ambos.

Damour y el cuarto evadido que se había salvado, como por milagro, se separaron luego que llegaron á cierto lugar perteneciente á la Inglaterra, y no se volvieron á ver jamás, sin duda que el otro murió de la fiebre amarilla, de que estuvo tambien Damour á punto de ser víctima. Su primer pensamiento había sido prevenir á Felicia por una carta; pero habiendo caido en sus manos un periódico, leyó en él la narracion de su fuga y la historia de su muerte. Desde este momento, una carta le pareció imprudente, podían interceptarla, leerla y llegar así á descubrirlo. ¿No valía más pasar por muerto para todo el mundo? Nadie se inquietaría ya por él, podría entrar libremente á Francia, donde esperaría la amnistía para hacerse reconocer. Entónces un terrible ataque

de fiebre amarilla le detuvo durante algunas semanas, perdido en un hospital.

Cuando Damour entró en convalescencia, experimentó una especie de pereza inmensa. Durante varios meses estuvo muy débil y sin humor para nada. Perecía que la fiebre le había como arrebatado todos sus antiguos deseos. Nada deseaba, y él se preguntaba, que de qué le serviría desear. Las imágenes de Felicia y de Luisa se habían borrado de su imaginacion. Las veía siempre, pero muy léjos, entre una bruma, donde no podía á veces ni reconoeerlas con seguridad. Sin duda que luego que se encontrara restablecido iría á reunírseles. Despues, cuando estuvo bueno enteramente, otro plan le preocupó. Antes de irse á reunir á su mujer y á su hija, soñó en procurarse una fortuna. ¿Qué haría en Paris yendo tal como estaba? se moriría de hambre, se vería obligado á ponerse otra vez al torno y tal vez no encontraría trabajo, porque él se sentía terriblemente agobiado.

Por el contrario, si pasaba á América, en algunos meses reuniría unos cien mil francos, cifra modesta en que él se detenía enmedio de las historias prodigiosas de millones, que zumbaban en sus oidos. En una mina de oro, que se le señalaba con toda precision, todos los hombres, hasta los más humildes obreros, paseaban en carrosa al cabo de seis meses. Y él arreglaba ya su vida: entraba en Francia con sus cien mil francos, compraba una casa por el rumbo de Vincennes, y vivía allí con tres ó cuatro mil francos de renta, al lado de Felicia y de Luisa, olvidado, feliz, separado de la política.

Dos meses más tarde, Damour estaba en América.

Entónces, comenzó una existencia agitada, que le lanzó casualmente en una multitud de extrañas y vulgares aventuras. Conoció todas las miserias y entrevió todas

las fortunas. Tres veces creyó, en fin, tener sus cien mil francos; pero todo se desvanecía entre sus manos, lo robaban, y se despojaba él mismo en un último esfuerzo. En suma, sufrió, trabajó mucho, y se quedó sin camisa. Despues de expediciones á los cuatro puntos del mundo, los acontecimientos le arrojaron á Inglaterra. De allí pasó á Bruselas, á la frontera misma de la Francia. Solamente que él no pensaba entrar allá. Desde su llegada á Inglatera, había acabado por escribir á Felicia, y habiendo quedado tres cartas sin respuesta, se entregó á mil suposiciones: ó interceptaban sus cartas, ó Felicia había muerto, ó había dejado á Paris. Despues de un año, hizo todavía una tentativa inútil. Para no venderse, si interceptaban sus cartas, escribía bajo un nombre supuesto, hablando á Felicia de un negocio imaginario, contando con que ella reconocería la letra y comprendería su intencion. Este gran silencio había como adormecido sus recuerdos. Se le creía muerto, nadie se ocupaba de él en el mundo, nada le quedaba, pues, que esperar. Durante cerca de un año trabajó en una mina de carbon, metido en el centro de la tierra, sin ver el sol, absolutamente desilusionado, comiendo y durmiendo, sin desear otra cosa.

Una tarde, en una taberna, oyó decir que la amnistía acababa de ser votada en Paris y que todos los comunistas volverían para acogerse al perdon general. Esto le despertó, cual su hubiere sentido una ruda sacudida, y experimentó una necesidad de partir con los otros para volver á ver la calle donde había vivido. Al principio sólo fué esto un impulso instintivo. Despues, en el wagon que le conducía, su cabeza se puso en accion y pensó, que bien podía ahora volver á tomar su lugar á la luz del sol, si conseguía encontrar á Felicia y á Luisa. Las esperanzas volvieron á renacer en su corazon; él era

libre, las buscaría sin disimulo; y acababa por creer que las iba á encontrar muy tranquilas en su casa de la calle de los Envierges, el mantel puesto sobre la mesa, como si le estuviesen esperando. Todo se explicaría con sencillez. Iría á la Comisaría de su barrio, daría su nombre y, todo arreglado de esa manera, volvería en el hogar la vida de otro tiempo.

En París, la garita del Norte estaba llena de una multitud tumultuosa. Luego que los viajeros se acercaron, entusiastas aclamaciones se escucharon por todas partes; se veían mil brazos que agitaban sombreros y bocas abiertas que gritaban un nombre. Damour tuvo miedo un instante; él no comprendía lo que pasaba. Imaginábase que toda aquella multitud había venido allí para victoriarle al pasar. Despues, reconoció el nombre que se aclamaba, era el de un miembro de la Comuna, que había adquirido alguna celebridad, un contumáz que se encontraba justamente en el mismo tren, y á quien el pueblo le hacía una ovacion. Damour lo vió pasar lleno de satisfaccion, con los ojos húmedos, la sonrisa en los labios y profundamente conmovido por tal acogida.

Cuando el héroe hubo montado en un fiacre, la multitud habló de desenganchar el caballo. Se oprimían, se hinchaba aquella ola humana, y se extendió por fin en la calle La Fayette, un mar de cabezas sobre las cuales se vió resaltar largo tiempo al fiacre marchando lentamente como un carro de truinfo. Y Damour, estropeado, maguyado, tuvo gran trabajo en ganar los boulevards exteriores. Nadie se fijaba en él. Todos sus sufrimientos, Versailles, la travesía, Nouméa, inundaron su corazon como una onda de amargura.

Una vez en los boulevards exteriores, una profunda ternura se apoderó de su alma: olvidó todo, le parecía

que, volviendo como otras veces del trabajo, entraba tranquilamente á la calle de los Envierges.

Diez años de su existencia se agrupaban tan llenos y tan confusos, en su pasado, que le parecía haber hecho solamente un rodeo en el camino que ordinariamente recorría para trasladarse de su trabajo á la casa de la calle de los Envierges. Sin embargo, experimentaba cierta extrañeza en esas costumbres de otro tiempo á que ahora volvía sin obstáculo. Las fisonomías de los transeuntes le emocionaban; se detuvo delante de las insignias de las muestras, sorprendido de verlas allí. No experimentaba esa alegría franca que naturalmente se hace sentir al pisar la tierra por la que tantas veces se ha suspirado; era una mezcla de ternura donde campeaban los recuerdos más conmovedores, y la inquietud sorda, la inquietud de lo desconocido en esos objetos que nos eran tan familiares y que vamos á volver á ver despues de ausencia dilatada.

Creció en gran manera su turbacion cuando se aproximó á la calle de los Envierges. Reconocía las calles, las tiendas; pero no podía recordar los nombres de las personas que veía: toda aquella gente le parecía extraña, rodeada de tinieblas que ofuscaban sus recuerdos. Y á medida que avanzaba, sentía como que las fuerzas le faltaban; hubiera deseado no pasar adelante, como si una horrible catástrofe le esperase. ¿Para qué volver? ¿Qué iba á hacer allí?

En fin, en la calle de los Envierges, pasó tres veces por su antigua casa sin atreverse á entrar. La tienda del carbonero que había enfrente de la casa, había desaparecido, y estaba ahora en el mismo lugar, un expendio de frutas. La mujer que estaba á la puerta le pareció tan guapa, tan satisfecha de su posicion, que no se atrevió á interrogarle, como había resuelto al principio.

Prefirió arriesgarlo todo yendo directamente hácia el portero. ¡Cuántas veces había vuelto á la izquierda, al cabo de la calle de árboles, y tocado en el pequeño enverjado!

—¿Vive aquí Mad. Damour?

—No la conozco.... No hay en casa persona alguna de ese nombre.

Damour había quedado inmóvil. En lugar de la portera de otro tiempo, mujer alta y fornida, tenía delante de sus ojos á una pequeña y raquítica, que le miraba con aire desconfiado. Él volvió á decir:

—Mad. Damour vivía en el fondo del patio, hace diez años.

—¡Diez años! exclamó la conserje. ¡Ya ha llovido desde entónces! Nosotros estamos aquí apénas desde el mes de Enero.

—Mad. Damour tal vez haya dejado su direccion.

—No, no la conozco.

Y como él instaba en sus averiguaciones, la mujer se enfadó y, amenazándolo con llamar á su marido, le dijo:

—¡Segun entiendo, acabareis por instalaros en la casa!..... Hay tantas gentes que se introducen..... así.....

Santiago se ruborizó y se fué balbutiendo algunas palabras, avergonzado de su pantalon raido y su grosera blusa. Caminó algun tiempo con la cabeza baja, y volvió luego, no resolviéndose á partir así. Esto era para él como un adios eterno que le destrozaba.

Se tendría lástima de él, se le darían tal vez algunas señas. Y pensando de esa manera, levantaba los ojos, miraba las ventanas, examinaba las tiendas, tratando de hacerse reconocer. Pero en esas casas pobres, sujetas siempre á tantas variaciones, diez años habían sido más que suficientes para cambiar casi todos los inquilinos,

Además, los rudos trastornos de su vida habían dejado en Damour cierta prudencia mezclada de cortedad, una especie de temor salvaje, que le hacía temblar á la sola idea de ser reconocido. Bajando la calle, percibió, al fin, casas que le eran conocidas, la comerciante de tabacos, un especiero, una lavandera, la panadera que surtía su casa en otro tiempo. Entónces, durante un cuarto de hora, estuvo vacilante, paseándose por enfrente de las tiendas y preguntándose en cuál se atrevería á entrar, y de tal manera le excitó la lucha que tuvo que sostener, que un sudor abundante mojó su cuerpo. Por fin, con el corazon desfallecido, se decidió por la panadera, una mujer socarrona, siempre blanca como si acabara de salir de un saco de harina. Lo miró cuando entraba, pero no hizo ningun movimiento de sorpresa, ni siquiera se movió de su lugar. La verdad era que no lo había reconocido. Estaba tan desfigurado su semblante, su cabeza sin pelo, y tostado por los rayos de un sol ardiente; su barba crecida y desaseada, que le ocultaba la mitad de la cara. Esto le daba algun atrevimiento, y comprando una pieza de pan de valor de un sueldo, se atrevió á preguntar:

—¿No teneis entre vuestros clientes á una mujer que tiene una niña..... Mad. Damour?

La panadera se quedó pensativa, y luego, con voz pausada:

—¡Ah! sí, en otro tiempo, creo que sí.... pero ya hace mucho. Despues yo no la he visto..... No recuerdo.... ¡ve uno tanta gente!

Damour tuvo que contentarse con esta respuesta.

Los dias siguientes volvió más animado, preguntando á los que creía podrían darle alguna noticia, pero por todas partes encontró la misma indiferencia, el mismo olvido, y los pocos datos que pudo obtener eran tan va-

gos y contradictorios, que sólo servían para extraviarlo más. En suma, lo que parecía más cierto era que Felicia había dejado el barrio cerca de dos años despues de su partida para Nouméa, justamente en el tiempo en que él se evadía. Y nadie sabía adónde se había cambiado: unos suponían que á Gros-Caillou, otros hablaban de Bercy. Nadie recordaba á la pequeña Luisa. Todo estaba, pues, terminado para el pobre Damour. Una tarde, sentado sobre un banco del boulevard exterior, se puso á llorar, pensando que le sería inútil seguir buscando. ¿Qué iba á ser de él? Paris le parecía vacío. Los pocos sueldos que le habían servido para volver á Francia, se agotaban ya. Por un momento se decidió á volver á Bélgica, á su mina de carbon, donde se ennegrecía y había vivido sin un recuerdo, feliz como una béstia, sumergido en las entrañas silenciosas de la tierra. Sin embargo, permaneció en Paris, y permaneció miserable, hambriento, no encontrando trabajo en ninguna parte, porque todo el mundo lo rechazaba, encontrándolo demasiado viejo. No tenía más que cincuenta años, pero los sufrimientos de los diez últimos le hacían representar más de setenta. ¡Tan flaco y demacrado se encontraba! Vagaba por todas partes, iba á ver á los canteros que trabajaban en los monumentos incendiados por la Comuna. Solicitaba los trabajos que se confían á los enfermos y á los niños. Un tallador de piedras, que trabajaba en el Hotel-de-Ville, le prometía emplearlo en cuidar de su herramienta; pero esta promesa tardaba en realizarse, y él se moría de hambre.

Un dia que, sobre el puente de Notre Dame, miraba correr el agua con el vértigo de los pobres que atrae el suicido, se separó violentamente del parapeto, y en su rápido movimiento poco le faltó para hacer caer á un transeunte, un hombre de elevada estatura y airoso con-

tinente, vestido con una blusa blanca, y que se puso á injuriarlo.

—¡Gran béstia!

Pero Damour permanecía sorprendido y con los ojos fijos sobre aquel hombre.

—¡Berru! exclamó en fin

En efecto, era Berru, quien sólo había cambiado en su fisonomía, que se encontraba ahora más fresca y rosagante.

Desde su vuelta á Paris, Damour había pensado frecuentemente en él. Pero ¿dónde encontrar á Berru que cambiaba de alojamiento cada quince dias?

El pintor arqueaba los ojos; y cuando el otro se hubo nombrado con voz temblorosa, rehusó creerlo.

—¡No es posible! ¡Qué demonio!

Sin embargo, acabó por reconocerlo, con tales exclamaciones, que llamaron la atencion de los transeuntes, que comenzaban á agruparse.

—¡Pero tú habías muerto!..... ¡Cómo crees que ya me esperaba esto! No se fija uno luego en las gentes, de suerte que.... Pero vamos, vamos, es cierto que estás vivo.

Damour hablaba bajo, suplicándole que se callase. Berru, que veía esto como una farsa en el fondo, terminó por tomarle del brazo y le llevó á casa de un comerciante en vinos, de la calle de San Martin, y lo aturdía á preguntas, porque quería saber todo.

—Al momento, dijo Damour cuando estuvieron sentados á una mesa, en un gabinete; pero ante todo, ¿y mi mujer?

—¡Cómo! ¿tu mujer?

—Sí, ¿dónde está ella? ¿Sabes tú dónde vive?

La estupefaccion del pintor aumentaba. Dijo al fin, lentamente:

—Sin duda, yo sé dónde vive..... Pero, ¿tú no sábes, pues, la historia?

—¡Cómo! ¿cuál historia?

Entónces Berru estalló:

—¡Ah! ¡Eso es terrible! ¿Conque no sabes nada?..... ¡Tu mujer se ha vuelto á casar, querido!

Damour, que tenía su vaso en la mano, lo volvió á colocar sobre la mesa, poseido de un temblor tal, que el vino se derramó sobre sus dedos. Los enjugó en su blusa y repetía con una voz sorda:

—¿Qué es lo que dices? ¡Vuelta á casar; vuelta á casar!..... ¿Estás seguro de ello?

—Pero hombre, tú estabas muerto y ella se volvió á casar; eso nada tiene de admirable..... Solamente que salió malo; por ahora vas resucitando y.....

Y miéntras que el pobre hombre permanecía pálido, con los labios balbutientes, Berru le dió pormenores. Felicia era muy dichosa en la actualidad. Se había casado con un carnicero de la calle de Moines en los Batignolles, un viudo, cuyos negocios manejaba ella perfectamente. Sagnard; el carnicero se llamaba Sagnard, un hombre grueso, de sesenta años, pero perfectamente conservado. Su tienda, situada en la esquina de la calle Nollet, era una de las mejor acreditadas del barrio; tenía enverjados rojos y cabezas de buey, doradas, en las dos esquinas de la muestra.

—Y ahora, ¿qué vas á hacer? preguntaba Berru al concluir cada detalle.

Damour, á quien la descripcion de la tienda había aturdido, respondía con un movimiento vago de la mano. Era necesario ver.

—¿Y Luisa? preguntó de repente.

—¿La pequeña? ¡Ah! yo no sé..... La habrán puesto en alguna parte para que no estorbe, porque no la he

visto hace mucho tiempo con ellos..... Y en verdad que bien podrían devolverte á la niña puesto que ellos no la tienen en su casa. Solamente que, ¿qué ibas á hacer tú con una muchacha de veinte años; tú que no tienes por cierto ni la apariencia de estar en buena posicion? ¡Vamos! sin que te ofendas, cualquiera que en esa traza te encuentre en la calle, no se avergonzaría de darte dos sueldos.

Damour había bajado la cabeza, agobiado, no encontrando ni una palabra que decir. Entónces Berru pidió más vino y trató de consolarlo.

—Veamos, ¡qué diablo! puesto que todavía estás vivo, serénate. No se ha perdido todo; eso se arreglará..... ¿Qué vas á hacer?

Y los dos hombres se empeñaron en una discusion interminable, en que los mismos argumentos eran repetidos sin cesar.

Lo que Berru no decía era que, poco despues de la partida de Damour, había intentado seducir á Felicia, cuyos encantos le seducían. Así es que guardaba contra ella una especie de despecho sordo, porque había preferido al carnicero Sagnard, á causa de su fortuna, sin duda. Cuando hizo venir una tercera medida, exclamó:

—Yo, en tu lugar, iría á casa de ellos y me instalaría, y pondría á la puerta al tal Sagnard, si me importunaba. Porque, á pesar de todo, tú eres el amo; la ley está de tu parte.

Poco á poco Damour se excitaba, el vino hacía subir rojas llamas á sus mejillas demacradas. Y repetía aún que era preciso ver. Pero Berrú lo violentaba á cada momento, le golpeaba sobre el hombro preguntándole si era hombre. Bien seguro que lo era demasiado, ¡y había amado tanto á esta mujer, y la amaba aún, hasta poner fuego á Paris para volverla á ver. ¡Y bien! entónces,

¿qué esperaba? Puesto que ella le pertenecía, no había más que recobrarla.

Los dos hombres, con los humos del vino montados á la cabeza, se hablaban y manoteaban con extraordinario ardimiento.

—Yo voy, dijo de repente Damour, poniéndose en pié con mucho trabajo.

—¡En buena hora! ¡Sería una cobardía!..... exclamó Berru. Voy contigo.

Y partieron los dos para Batignolles.

## III.

En la esquina de las calles de Moines y de Nollet, la tienda, con sus rojos emberjados y sus cabezas de buey doradas, se ostentaba con un aire de magnificencia. Los cuartos de carne de las reses colgaban sobre blancos lienzos, en tanto que en hileras de alcatraces de papel labrado como encajes, y en forma de bouquets, se veía la carne de carnero picada, formando festones. Veíanse tambien sobre mesas de mármol la carne cortada en pequeños trozos, y preparada, la ternera de color de rosa, el carnero púrpura, el buey escarlata, destacándose sobre la marmórea blancura de la manteca. Vasijas de cobre reluciente; el fiel, las cadenas y platillas de las balanzas brillando como el oro pulido. Y todo manifestaba un aire de abundancia y bienestar en aquella tienda, clara, espaciosa, tapizada de mármol, recibiendo toda la luz hermosa del dia; un olor de carne fresca que parecía llenar de vida y de salud á todas las gentes de la casa.

En el fondo de la tienda y en el sitio que podía ser perfectamente visto desde la calle, Felicia ocupaba un alto escritorio, defendido de las corrientes de aire por lujosos cristales. Allí adentro, enmedio de los alegres re-

flejos, de la claridad rosada de la tienda, estaba ella, llena de frescura, de esa frescura llena y sólida de las mujeres que han pasado de los cuarenta años. Limpia, de fina tez, con sus cintas negras y su cuello blanco, tenía la gravedad sonriente y animada de una buena comerciante, que con la pluma en una mano y la otra sobre la moneda del mostrador, representaba la honradez y la prosperidad de una casa. Varios dependientes cortaban la carne, la pesaban, y decían en alta voz las cifras; los clientes desfilaban delante de Felicia, que recibía su dinero, cambiando con una voz amable las noticias del barrio. Justamente una mujer pequeña, de fisonomía enfermiza, pagaba dos costillas que miraba con expresion dolorosa.

—Quince sueldos, ¿no es cierto? dijo Felicia. ¿No os encontrais mejor, Mad. Verdier?

—No, nada mejor, siempre el estómago. Vuelvo todo lo que como. En fin, el médico dice que necesito de la carne; pero ¡está tan cara!.....

¿Sabeis que murió el carbonero?

—¡Es posible!

—Pero él no estaba enfermo del estómago, padecía del vientre..... ¡Dos costillas quince sueldos! Las aves son ménos caras.

—Esa no es culpa nuestra, señora Verdier. Apénas nos costeamos..... ¿Qué hay, Cárlos?

Así platicando y dando vuelto á los compradores, vigilaba la tienda, y acababa de observar que un dependiente hablaba con dos hombres en la banqueta. Como el muchacho no la oía, levantó la voz más.

—¡Cárlos! ¿qué preguntan?

Pero ella no oía la respuesta.

Había reconocido á uno de aquellos dos hombres, al que iba por delante.

—¡Ah! Sois vos, M. Berru.

Y no parecía muy contenta, dejando ver en sus labios una ligera contraccion de desprecio. Los dos hombres habían hecho varias estaciones en casa de los comerciantes de vinos, desde la calle de San Martin á la de Batignoles, porque la distancia era larga, y sentían con frecuencia la boca seca, hablando, como iban, en alta voz, y discutiendo siempre. Así, se encontraban bastante beodos. Damour había recibido un fuerte golpe en el corazon cuando, estando en la banqueta de enfrente, Berru, con un gesto brusco, le había mostrado á Felicia, tan bella y tan jóven, en los cristales del mostrador, diciéndole: "¡Mira! ¡Allí está!" Esto no era posible, debía ser Luisa, que se parecía mucho á su madre; porque de fijo que Felicia debía estar más acabada. Y toda esta tienda tan rica, las carnes frescas que vierten sangre, los metales que relucen, luego esa mujer tan bien puesta, con el aire de campesina, puesta la mano sobre un monton de dinero, le arrebataban su cólera y su audacia, causándole un verdadero miedo. Tenía muchas ganas de echar á huir á todo escape, sintiendo una vergüenza invencible á la idea de tener que entrar allí. Jamás esta dama consentiría ahora en seguirlo, á él que tenía un aspecto tan repugnante, con su crecida barba y su blusa sucia. Volvió las espaldas é iba á tomar por la calle de Moins, para que ni áun lo viesen, cuando Berru lo detuvo.

—¡Ira de Dios! tú no tienes, pues, sangre en las venas..... ¡Vaya! en tu lugar, yo sería quien hiciese bailar á la paisana. Y yo no iría sin participar de la mitad del gigote y de todo lo demas..... ¿Quieres hacerme hacer el favor de andar, gallina mojada?

Y él había obligado á Damour á atravesar la calle. Luego, despues de haber preguntado á un dependiente si M. Sagnard estaba allí y habiendo sabido que se en-

contraba en el Rastro, había entrado él primero, para violentar las cosas. Damour le seguía sofocado y con aire de imbécil.

—¿Qué se ofrece, Mr. Berru? dijo Felicia con una voz un tanto expresiva.

—No soy yo, sino mi camarada quien tiene algo que deciros.

Berru se había apartado y Damour se encontraba frente á frente con Felicia. Ella le miraba; él, horriblemente contrariado, sintiendo una horrible tortura, bajaba los ojos. Al principio hizo ella un gesto de disgusto, su semblante sereno experimentó una repugnancia insuperable hácia aquel viejo, ébrio y miserable. Pero ella le miraba siempre, y repentinamente, sin haber cambiado con él ni una sola palabra, se puso lívida, ahogando un grito y dejando caer en el cajon el dinero que tenía en la mano.

—¿Qué sucede? ¿estais enferma? preguntó Mad. Verdier á quien había detenido la curiosidad.

Felicia hizo un signo con la mano, como para apartar á todo el mundo: no podía hablar, con mucho trabajo se había puesto de pié y se dirigía al comedor, al fondo de la tienda. Sin que hubiese dicho á Berru y á Damour que le siguiesen, los dos hombres desaparecieron en el comedor, tras ella; Berru murmurando, Damour con los ojos fijos en el liso pavimento como si temiese resbalar.

—¡Vaya, que todo esto es bien extraño! murmuró Mad. Verdier cuando quedó sola con los dependientes.

Estos habían suspendido sus ocupaciones de cortar y pesar, dirigiéndose miradas de sorpresa. Pero no juzgaron prudente comprometerse, y continuaron sus quehaceres con aire indiferente y sin contestar á Mad. Verdier, quien se fué contemplando con aire de tristeza las costillas que había comprado. Llegando Felicia al comedor, no le pareció encontrarse bastante sola, y empujando otra

puerta, hizo entrar á los dos hombres en su recámara. Era esta una pieza muy aseada, abrigada, con cortinas blancas en el lecho y en las ventanas, un reloj dorado, muebles de acajou, cuyo barniz brillaba sin un grano de polvo. Felicia se dejó caer en un sillon repitiendo estas palabras:

—¡Sois vos!..... ¡Sois vos!.....

Damour no encontró una frase; examinaba la recámara y no se atrevía á sentarse, porque las sillas le parecían muy hermosas, así es que Berru fué quien tomó la palabra:

—Sí, hace quince dias que os busca..... entónces él me ha encontrado y lo he traido.

Despues, como si comprendiera que debía disculparse, añadió:

—Ya comprendereis que yo no podía obrar de otra manera. Es un antiguo camarada, y me ha destrozado el corazon al verlo en ese estado.

Entretanto, Felicia se reponía un poco. Ella se encontraba la más razonable, en mejor estado que los otros, y cuando ya no sintió anudada su garganta, quiso salir de una situacion intolerable, y provocó la terrible esplicacion.

—Veamos, Santiago, ¿qué vienes á pedir?

Él no respondió.

—Es verdad, continuó ella, que yo me he vuelto á casar; pero esto no es culpa mia, tú lo sabes. Yo te creía muerto, y nada has hecho para sacarme de ese error.

Damour habló al fin, y dijo:

—Sí, yo te he escrito.

—Te juro que no he recibido ni una carta tuya. Tú me conoces, tú sabes que jamás he mentido..... Y, ¡mira! yo tengo el acta aquí en un cajon.

Ella abrió una cómoda y sacó conmovida un papel

que entregó á Damour, quien se puso á leerlo con aire de imbecilidad. Era el acta de su fallecimiento. Felicia continuó:

—Yo me he visto sola, abandonada, y he cedido al ofrecimiento de un hombre, que quería salvarme de la miseria y de mis tormentos..... Hé ahí toda mi falta. Me he dejado vencer por la idea de ser feliz. Esto no es un crímen. ¿No es verdad?

Damour la escuchaba con la cabeza inclinada, más humilde y confuso que ella misma. Sin embargo, levantó los ojos.

—¿Y mi hija? balbutió.

—¿Tu hija?..... no está ya conmigo.

—¡Cómo!

—Sí, yo la había puesto en casa de una tia.... y sé que ha huido de su lado.

Damour permaneció por un instante mudo y con un aire de serenidad como si no hubiera comprendido. Luego, repentinamente, él tan acortado hasta entónces, dió un puñetazo sobre la cómoda, con tal violencia, que una cajita de conchas bailó violentamente sobre el mármol. Pero no tuvo tiempo de hablar porque dos niños, un hombrecito de seis años y una niña de cuatro, acababan de abrir la puerta y arrojarse al cuello de Felicia, con todo un arrobato de alegría.

—Buenos dias, mamacita, venimos del jardin, de allá ....al fin de la calle..... Francisca ha dicho que debíamos entrar allí..... ¡Oh! si tú vieras, hay mucha arena, y hay pollitos en el agua.....

—Bueno, está bien; déjenme, dijo la madre bruscamente.

Y hablándole á la criada:

—Francisca, llévatelos..... Es una tontera entrar á esta hora.

Los niños se retiraron satisfechos, en tanto que Francisca, enfadada por la reprension de su ama, se vengaba en los chicos, empujándolos para que saliesen delante de ella. Felicia había experimentado un temor sin límites por sus hijos, sospechando que Damour podía intentar arrebatárselos. Él podía echarlos sobre sus espaldas y huir con ellos.

Berru, á quien no se le había ofrecido asiento, se había arrellanado tranquilamente en un sillon, despues de haber murmurado al oido de Damour:

—Son los pequeños Sagnard.... ¡eh!....

Cuando la puerta se volvió á cerrar, Damour dió un segundo puñetazo sobre la cómoda, gritando:

—No es eso todo, necesito á mi hija y vengo para obligarte á que me sigas.

Felicia estaba helada.

—Siéntate y hablemos, le dijo ella. De nada servirá hacer escándalo..... Segun eso, ¿vienes á buscarme?

—Sí, y vas á venir conmigo del momento.... Yo soy tu marido, el único legítimo. ¡Oh! yo conozco mis derechos..... ¿No es cierto, Berru, que estoy en mi derecho?.... Vamos, ponte un sombrero y sé obediente, si no quieres que todo el mundo se imponga de nuestros negocios.

Felicia le miraba, y al través de la expresion conmovida de su semblante, se dejaba conocer que no lo amaba ya, que le causaba miedo y fastidio aquel hombre sucio y miserable. Cómo, ¡ella tan blanca, tan aseada, tan llena de consideraciones por su nuevo esposo, volvería á tomar su vida ruda y pobre de otro tiempo, en compañía de aquel hombre que parecía un espectro!

—Rehusas, replicó Damour que leía en su semblante. ¡Oh! ya comprendo, tú estás ya acostumbrada á hacer la señora, tras un mostrador; y yo no tengo una bonita

tienda, ni mucho dinero, del cual puedas disponer á tu capricho.... Luego, tus nuevos hijos que parecen interesarte más que mi Luisa. ¡Cuando no se ha cumplido con los deberes de una buena madre, poco debe importar el esposo!.... Pero todo eso poco me importa. Quiero que vengas, y vendrás, ó me voy derecho á casa del comisario de policía, para que él te lleve á mi casa, con los gendarmes.... Estoy en mi derecho. ¿No es verdad, Berru?

El pintor aprobó con una inclinacion de cabeza. Esta escena le divertía muchísimo. Sin embargo, cuando vió á Damour furioso, acalorado por sus propias frases, y á Felicia pudiendo sofocar con gran trabajo el llanto y próxima á desfallecer, creyó le convenía desempeñar un papel interesante, é intervino diciendo con un tono sentencioso:

—Sí, sí, estás en tu derecho; pero es necesario ver, es necesario reflexionar..... Yo siempre me he conducido con prudencia..... Antes de decidir, sería conveniente hablar con M. Sagnard, y puesto que él no está aquí...

Se interrumpió, y luego continuó, cambiando la voz y fingiendo un tono conmovido.

—Solamente, que el camarada está de prisa. Es duro esperar en su posicion..... ¡Ah! señora, ¡si supieseis cuánto ha sufrido! Y ahora, ni un solo bocado, muere de hambre y se le rechaza de todas partes.... Cuando yo le encontré, hace un momento, no había comido desde ayer.

Felicia, pasando del temor á una ternura repentina, no pudo contener sus lágrimas y derramó copioso llanto. Aquello era una tristeza inmensa, el sentimiento, el disgusto de la vida. Un grito se le escapó:

—¡Perdóname, Santiago!

Y cuando ella pudo hablar:

—Lo que está hecho, está hecho. Pero yo no quiero que tú seas desgraciado.... Déjame venir en tu ayuda.

Damour hizo un gesto violento.

—¡Por supuesto! dijo vivamente Berru, la casa está demasiado abastecida para que tu hambre te dejo el estómago vacío..... Supongamos que tú no aceptarías dinero, sin embargo, tú podrás aceptar un regalo. Aun cuando vos no le dieseis más que un jarro, se haría en él un poco de caldo. ¿No es verdad, señora?

—¡Oh! todo lo que él quiera, M. Berru.

Pero Damour se puso á dar nuevos golpes sobre la mesa exclamando:

—Gracias, yo no como de este pan.

Y acercándose á Felicia, y mirándola fijamente:

—A tí sola es á quien yo quiero llevar, y te llevaré.. ....¡Guarda tu carne!

Felicia había retrocedido, poseida de miedo y repugnancia. Damour, entónces, se puso frenético y habló de destrozar todo, y se desató en acusaciones abominables. Él quería las señas de la habitacion de su hija, sacudía bruscamente á Felicia en su sillon, gritándole que ella había sacrificado á su hija; y Felicia, sin defenderse, en el estupor de lo que presenciaba, repetía con una voz lenta, que ella no sabía las señas de la casa de su hija, pero que sin duda las darían en la Prefectura de policía. Damour, que se había instalado sobre una silla, de donde él juraba que ni el diablo le haría moverse, se levantó bruscamente, y despues de un último puñetazo, más violento que los otros:

—Y bien, ¡rayo de Dios! yo me voy..... Sí, yo me voy porque se me da la gana..... Pero tú no perderás por esperar: yo vendré cuando tu hombre esté aquí, y yo los arreglaré á él, á tí, y á toda la aristocrática familia..... ¡Espérame, ya veras!

Y salió amenazándola con el puño. En el fondo, él sentía grande alivio en terminar así.

Berru, que había permanecido detrás, dijo con un tono conciliador, encantado de andar en estas historias.

—Nada tomais, no lo dejaré solo..... Es necesario á toda costa evitar una desgracia.

Aun se atrevió á tomarle una mano, que ella le abandonó, tan agobiada se encontraba; si Damour la hubiese tomado por el brazo, le hubiera seguido, hubiera partido con él.

Permaneció inmóvil, escuchando los pasos de los dos hombres que atravesaban la tienda.

Un dependiente, á grandes golpes de hacha, cortaba una pieza de carnero. Otros, á grandes voces, repetían las cifras de la carne que pesaban. Entónces, su instinto de buena comerciante, la atrajo hácia el mostrador, en medio de los claros cristales; pálida, pero serena, como si nada hubiera pasado.

—¿Cuánto hay que recibir? preguntó.

—Siete francos cincuenta céntimos, señora.

Y ella recogió la moneda.

## IV.

Al dia siguiente, Damour tuvo una ocupacion: el tallador de piedras le hizo entrar como guarda-cantero del Hotel-de-Ville. Y él veló así el mismo monumento que había ayudado á incendiar diez años ántes.

Era su actual ocupacion un trabajo suave, una de esas ocupaciones de embrutecimiento que engordan. En la noche se acostaba en las escalinatas, escuchando los ruidos que llegaban hasta él, y durmiéndose algunas veces sobre sacos de arena. No hablaba ya de volver á los Batignoles. Sin embargo, un dia que Berru había venido á invitarlo para el desayuno, despues de apurar el tercer litro, exclamaba que el gran golpe se daría el dia siguiente. El dia siguiente no se movió del Hotel-de-Ville. Y desde entónces llevaba una vida arreglada, no se violentaba, y sólo reclamaba sus derechos cuando se excedía en el vino. Cuando estaba en ayunas, permanecía sombrío, preocupado y como avergonzado. Berru acababa por bromearlo repitiéndole que no era hombre. Pero Damour permanecía grave. Él murmuraba:

—¡Entónces, es preciso matarlos!..... yo espero me digas eso.

Una noche salió y fué hasta la plaza Moncey; luego, despues de haber permanecido una hora sobre un banco, volvió á su cantera. En el dia creyó haber visto pasar á su hija delante del Hotel-de-Ville recostada sobre los cojines de un soberbio landó. Berru le ofrecía hacer averiguaciones sobre las señas de la casa de su hija, en veinticuatro horas; pero Damour rehusaba. ¿Para qué saber eso? Sin embargo, el pensamiento de que su hija podría ser la dama que él había visto en aquel lujoso carruaje, tirado por soberbios caballos, hacía latir su corazon. Su tristeza se aumentó. Compró un cuchillo y lo mostró á Berru, diciendo que era para sangrar al carnicero. La frase le agradaba y la repetía continuamente, con una sonrisa burlona.

—Yo sangraré al carnicero..... á cada uno se le llega su dia, ¿no es verdad?

Berru, entónces, le entretenía dos horas enteras en casa de un comerciante de vinos de la calle del Temple, para convencerle de que no debía sangrar á nadie. Sería una tontera, porque desde luego os aprehenderían. Y le tomaba las manos, exigiéndole le jurase que jamás echaría sobre sus espaldas tan mal negocio. Pero Damour repetía con tono obstinado:

—No, no, cada uno en su dia..... Yo sangraré al carnicero.

Los dias pasaban; él no lo sangraba.

Un acontecimiento que se verificó en esos dias, pareció violentar la catástrofe. Lo despidieron de la cantera por inepto: durante una noche de tempestad se durmió y había dejado robar parte de la herramienta que estaba á su cuidado. Desde entónces volvió á experimentar de nuevo la miseria, arrastrándose por las calles; demasiado orgulloso aún para pedir limosna, miraba con ojos ávidos las fondas. Pero la miseria, en vez de exasperar-

lo, lo embrutecía. Inclinaba la cabeza sobre el pecho, absorto en las más tristes reflexiones. Se hubiera dicho que él no se atrevería jamás á presentarse en los Batignoles, ahora que no tenía ni una blusa que ponerse. En los Batignoles Felicia vivía en continuas inquietudes. En la noche del dia de la visita de Damour, no había querido hablar á Sagnard sobre aquel acontecimiento, y el dia siguiente, atormentada por el silencio que había guardado la víspera, experimentaba remordimientos y no tenía la fuerza de hablar. Así es, que temblaba desde en la mañana hasta la tarde, creyendo ver entrar á Damour á cada momento é imaginándose escenas horribles. Lo peor era, que se debía sospechar algo en la tienda, porque los dependientes cuchicheaban, y cuando Mad. Verdier regularmente venía á comprar sus costillas, tenía un modo de recoger lo vuelto, que hacía temblar á Felicia.

En fin, una tarde se arrojó al cuello de Sagnard y le confesó todo sollozando. Repitió lo que había dicho á Damour: que ella no era culpable, porque si se mueren, nadie debe esperar que vuelvan. Sagnard, muy bien conservado para sus sesenta años, y dotado de un buen corazon, la consoló. ¡Bah! eso no tiene nada de extraño, y acabaría por arreglarse. ¿No es verdad que todo se arregla en este mundo? Él, como hombre que tenía dinero y sentía esa seguridad que le daba su posicion, experimentaba, ante todo, gran curiosidad. Se vería á ese desconocido, se le hablaría. La historia le interesaba, y esto hasta tal punto, que ocho dias despues, viendo que Damour no parecía, dijo á su mujer:

—Y bien; ¿qué hay, pues? él nos abandona; si tú supieras las señas de su casa, yo iría á buscarlo.

Y como Felicia le suplicase que no lo hiciera, añadió:

—Pero, hija mia, es para tranquilizarte. Yo veo que tú te desmejoras. Es preciso terminar.

Felicia se desmejoraba en efecto, por la amenaza del drama, cuyo desenlace aumentaba su angustia.

En fin, un dia que Sagnard reprendía á un dependiente que había olvidado cambiar el agua á una cabeza de ternera, Damour se presentó y Felicia balbutió:

—Allí está.

—¡Ah! ¡muy bien! dijo, calmándose del momento. Hazle entrar en el comedor.

Despues, sin violentarse, volviéndose hácia el dependiente:

—Lávala con mucha agua. Va á corromperse.

Y pasó en seguida al comedor, donde Damour y Berru le aguardaban. Era una casualidad que hubiesen venido juntos. Berru había encontrado á Damour en la calle de Clichy. No lo veía ya tan fastidiado de su miseria ni le parecía tan arrebatado. Pero cuando Damour supo que su camarada iba á la calle de Moins, se había desatado en reproches declarándole que este negocio era tambien suyo, y que debía haberse puesto de acuerdo con él para ir. Despues, durante el camino, había vuelto á sermonearlo, diciéndole que esperaba no iría á hacer necedades; y áun le detuvo en una ocasion sobre la banqueta, exigiéndole que le entregase el cuchillo, Damour alzaba los hombros sin contestar, con aire encaprichado, y reservando las intenciones que abrigaba. A todas las observaciones respondía:

—Ven, si quieres; pero no me molestes.

Sagnard dejó á los dos hombrrs de pié, cuando se encontraron en el comedor. Felicia se había escapado á su recámara, llevando consigo á sus dos hijos, y tras de la puerta, que cerró cuidadosamente con llave, permanecía sentada y, profundamente conmovida, estrechaba contra

su pecho á los dos niños como para resguardarlos y defenderlos. Sin embargo, aplicando el oido á la puerta para escuchar, sentía que le zumbaba la cabeza de ansiedad y no podía oir nada todavía, porque los dos maridos, que se encontraban en la pieza vecina, experimentaban gran embarazo cada uno al frente del otro, y se miraban en silencio.

—Conque, ¿sois vos? preguntó Sagnard, por decir alguna cosa.

—Sí, soy yo, respondió Damour.

Encontraba á Sagnard muy bien conservado y sentía que esto le humillaba. El carnicero parecía no tener más de cincuenta años; era un hombre grueso y de fisonomía fresca y animada, con el pelo enteramente cortado y sin barba. Se encontraba en mangas de camisa, envuelto en un gran delantal blanco y brillante como la nieve, tenía un aire muy marcado de alegría y de juventud.

—Es que, replicó Damour, vacilando, no es á vos á quien yo quiero hablar, sino á Felicia.

Entónces Sagnard volvió á tomar todo su aplomo.

—Vamos, amigo mio, expliquémonos. ¡Qué diablo! nada tenemos que reprocharnos el uno al otro: ¿Para qué mortificarnos cuando ninguno tenemos culpa?

Damour que, con la cabeza inclinada, miraba obstinadamente uno de los piés de la mesa, murmuró con una voz sorda:

—No os necesito, dejadme en paz, idos..... A Felicia es á quien quiero hablar.

—En cuanto á eso, no; vos no le hablareis, dijo tranquilamente Sagnard. No quiero que la pongais mala, como la otra vez. Nosotros podemos hablar sin ella..... Ademas, si sois razonable, todo irá bien. Puesto que decís que la amais aún, considerad su posicion, reflexionad y obrad con justicia en su favor.

—¡Callaos! interrumpió Damour violentamente. ¡No os entrometais en nada, ó lo pasareis mal!

Al decir estas palabras se había adelantado amenazador, y Berru, que se imaginaba que iba á sacar el cuchillo de la bolsa, se arrojó entre los dos para impedir un atentado. Pero Damour le rechazó fuera de sí.

—¿Qué te importa á tí la paz?..... ¿De qué tienes miedo? ¡Tú eres un idiota!

—¡Calma! repetía tranquilamente el carnicero. Cuando se deja uno arrebatar de la cólera, se cometen tonteras... ....Escuchad, si llamo á Felicia, ¿me prometeis ser prudente? porque ella es muy sensible; vos lo sabeis como yo. Nosotros no queremos matarla, ni yo, ni vos; ¿no es verdad? ¿Os conducireis bien?

—¡Si yo hubiera venido con intencion de conducirme mal, ya os hubiera extrangulado, á pesar de vuestra moderacion!

Dijo esto con un tono tan profundo y dolorido, que Sagnard se conmovió,

—Entónces, dijo, voy á llamar á Felicia..... ¡Oh! yo soy muy justo, yo comprendo que quereis discutir este asunto con ella. Estais en vuestro derecho.

Encaminóse luego hácia la puerta y llamó:

—¡Felicia! ¡Felicia!

—Despues, como nada se escuchaba, nada se movía; como Felicia, helada á la idea de esta entrevista, permanecía como clavada sobre su silla, estrechando más fuertemente á sus hijos contra su pecho, acabó por impacientarse.

—Felicia, ¿vienes, pues?..... Es una tontera lo que estás haciendo ahí. Él promete ser razonable.

En fin, la llave sonó girando en la cerradura; Felicia apareció, cerrando tras sí la puerta, para dejar en seguridad á sus hijos. Permaneció luego silenciosa, sin saber

qué hacer, ni qué decir. Este era el golpe del perro, como decía Bérru.

Damour habló con frases lentas, pero acalorándose con frecuencia; en tanto que Sagnard, de pié delante de la ventana, levantando con el dedo una de las cortinas blancas, afectaba mirar hácia afuera, á fin de manifestar que los dejaba en entera libertad.

—Escucha, Felicia: tú sabes que yo jamás he sido malvado. Eso puedes decirlo..... Pues bien, no es hoy el dia que yo comenzaré á serlo. Al principio, yo he querido asesinaros aquí á todos. Despues, yo me he preguntado qué avanzaría yo con eso..... Yo quiero mejor dejarte en libertad de elegir. Nosotros haremos lo que tú quieras. Si, puesto que los tribunales nada pueden para nosotros con su justicia, tú serás quien nos haga conocer lo que mejor te plazca..... Responde. ¿Con quién de los dos quieres ir, Felicia?

Pero ella no pudo responder. La emocion la ahogaba.

—Bien, replicó Damour con la misma voz sorda, yo comprendo que es con él con quien preferirás ir..... Al venir á acá ya me esperaba ese resultado. Yo no te obligo, y veo que tienes razon al elegir de esa manera. Yo he acabado ya para tí, nada tengo que ofrecerte, no me amas ya; en tanto que él.... él te hace feliz.....

Felicia, profundamente conmovida, lloraba.

—Haces mal en llorar: no son reproches que yo te hago. Las cosas han venido por su propio peso hasta este punto, eso es todo..... Y entónces yo he querido verte aún una vez, para decirte que puedes dormir tranquila. Ahora que ya has hecho tu eleccion, no te molestaré jamás. Esto es hecho. Nunca volverás á oir hablar de mí.

Damour se dirigía hacia la puerta, pero Sagnard, muy conmovido, lo detuvo exclamando:

—Sois un bravo hombre..... No es posible que os deje ir así. Vais á comer con nosotros.

—No, gracias, contestó Damour.

Berru, sorprendido al ver cómo terminaba aquello, pareció escandalizado cuando su camarada rehusó la invitacion.

—A lo ménos beberemos una copa, replicó el carnicero; espero que aceptareis un vaso de vino en nuestra casa, ¡qué diablo!

Damour no aceptó del momento. Paseó una mirada lenta por el comedor, limpio y alegre, con sus muebles de encina blanca; despues, deteniendo la vista sobre Felicia que le suplicaba con el rostro bañado en lágrimas, dijo:

—Sí, me es igual.

Entónces, Sagnard, radiante de alegría, exclamaba:

—¡Pronto, Felicia, vasos! Nosotros no tenemos necesidad de la nodriza.... Cuatro vasos. Es necesario que tú brindes tambien..... ¡Ah! amigo mio, sois muy bondadoso en aceptar esta invitacion; no sabeis el placer que me dais, porque yo estimo, con todo el alma, á los corazones como el vuestro. ¡Oh! ¡vos teneis un excelente corazon, respondo de ello!

Entretanto, Felicia, con las manos temblorosas por la emocion, buscaba los vasos y un litro en el aparador. Tenía la cabeza perdida, nada encontraba. Fué necesario que Sagnard le ayudase. Despues, cuando los vasos estuvieron llenos, brindaron los cuatro.

—¡A la vuestra!

Damour, enfrente de Felicia, alargó el vaso para tocar el de su esposa. Los dos se miraron mudos, recorriendo en su mirada todo el pasado. Ella temblaba de tal manera, que se oía el retintin de los vasos. No se tuteaban

ya, estaban como muertos el uno para el otro, no viviendo en el porvenir, sino en los recuerdos.

—¡A la vuestra!

Y miéntras que los cuatro bebían en silencio, la voz de los niños se escuchó resonar en la pieza vecina. Se habían puesto á jugar, y se perseguían gritando y riendo. Despues, se acercaron á la puerta gritando: ¡mamá! ¡mamá!

—¡Ved ahí! adios á todo el mundo, dijo Damour poniendo el vaso sobre la mesa, y partió.

Felicia, de pié, pálida, le miraba partir, miéntras que Sagnard acompañaba políticamente á aquellos señores, hasta la puerta.

## V.

En la calle, Damour se puso á andar tan de prisa, que Berru tenía trabajo en seguirlo. El pintor se enfadaba. En el boulevard de Batignolles, cuando vió á su compañero con las piernas fatigadas, dejarse caer sobre un banco y permanecer allí con las mejillas pálidas y los ojos fijos, desahogó todo su corazon. Él, en su lugar, hubiera, á lo ménos, matado al carnicero y á la carnicera. Le exaltaba ver á un marido ceder así su mujer á otro, sin poner siquiera algunas condiciones.

—Tú no comprendes, respondía Damour. Vete tambien, puesto que no eres mi amigo.

—¡Yo no soy tu amigo! ¡Cuando he hecho lo que he podido por tí!..... Reflexiona un poco. ¿Qué va á ser de tí? No tienes á nadie en el mundo que se interese por tu suerte. Vas á morir de hambre si no vengo en tu auxilio.... ¡No soy tu amigo! Y si yo te abandono, no tienes más que poner la cabeza bajo tu brazo como las gallinas que ya no pueden vivir.

Damour hizo un gesto desesperado. Era verdad que no le quedaba más recurso que arrojarse al agua ó hacerse recoger por los agentes del Hospicio.

—¡Y bien! continuó el pintor, soy de tal suerte tu amigo, que voy á conducirte á una casa donde tendrás lo necesario.

Y se levantó como tomando una resolucion súbita. Despues condujo por fuerza á su compañero que exclamaba:

—¿A dónde? ¿A dónde?

—Ya lo verás..... Puesto que no has querido comer en casa de tu esposa, comerás en otra parte.

Piensa bien que yo no te dejaré hacer dos tonteras en un dia.

Caminaba vivamente descendiendo la calle de Amsterdam. En la calle de Berlin se detuvo delante de un pequeño hotel, llamó y preguntó al criado que vino á abrir, si Mad. Souvigny estaba en casa.

Y como el criado vacilase, añadió:

—Id á decirle que es Berru.

Damour le seguía maquinalmente.

Esta visita inesperada, este hotel lujoso, acababan de trastornarle la cabeza. Subió. Luego despues se encontró de repente en los brazos de una jóven blonda muy bonita y vestida con un peinador de encaje. Y ella exclamaba:

—¡Papá! ¡es papá! ¡Ah! ¡cuán bueno sois en haber hecho que se decidiese!

Ella era una buena hija, no se avergonzaba de la blusa vieja de su padre; encantada, batiendo las palmas, con un arrebato infantil, de ternura filial.

Damour, abrumado, no la reconocía.

—¡Pero, si es Luisa!

Entónces él balbutió:

—¡Ah! sí.... sois demasiado amable.....

No se atrevía á tutearla. Luisa le hizo sentar sobre un

canapé y llamó para disponer, á un criado, que no recibiría á nadie.

Damour, entretanto, examinaba la pieza, amueblada con un gusto delicado. Y Berru, triunfante, le daba golpecitos en el hombro, repitiendo:

—¡Vamos! ¿dirás ahora que yo no soy tu amigo?.... Yo sabía muy bien que tú tenías necesidad de tu hija. Entónces yo me he procurado sus señas, y he venido á contarle tu historia. Del momento ella me ha dicho: Traédmele.

—Pero, sin duda, padre mio, murmuró Luisa con acento decidido, que yo tengo grande horror á tu república.

Todos los comunistas son gentes sucias y miserables, que arruinarían al mundo entero si se les dejase obrar. .....Pero tú eres mi querido papá. Yo recuerdo cuán bueno eras conmigo cuando estaba enferma y muy chica. Ya verás qué bien nos entendemos, con tal que no hablemos jamás de política..... Por de pronto vamos á comer los tres. ¡Ah! qué bonito es esto.

Ella se había sentado casi en las rodillas de Damour, risueña, con sus ojos claros, sus cabellos blondos y flotantes.

Damour, sin fuerzas, se sentía invadido por un bienestar delicioso. Luisa era muy cariñosa, y con sus pequeñas manos blancas puestas sobre las suyas, le decía:

—Veamos, tú aceptas, ¿no es verdad?

—Sí, dijo, en tanto que dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas demacradas por el hambre.

Berru encontraba todo muy razonable.

La comida estuvo deliciosa. Berru la hizo alegre con cuantas palabras á propósito encontró, las que celebraba Luisa riendo á más no poder. Le parecía encontrarse en la calle de los Envierges, y esto era para ella un hermoso recuerdo.

Damour comía con excelente apetito, aturdido de fatiga y de emociones, pero tenía una sonrisa de exquisita ternura, cada vez que las miradas de su hija se encontraban con las suyas. A los postres bebieron un vino azucarado y agradable como el champaña, que se les subió á la cabeza bien pronto.

Cuando los criados se retiraron, colocando los codos sobre la mesa, hablaron del pasado con la melancolía que les prestaba el vino. Berru había compuesto un cigarrillo que Luisa fumaba, teniendo los ojos medio cerrados. Se entregaba á los recuerdos más bulliciosos de su juventud. Despues dejó conocer los resentimientos que tenía con su madre.

—Tú comprendes, dijo ella á su padre, lo que pienso del mal recibimiento que te ha hecho.

Pero Damour declaró gravemente que Felicia no existía ya.

Luisa se levantó repentinamente, exclamando:

—A propósito, te voy á enseñar una cosa, que te dará mucho gusto.

Diciendo esto, desapareció, y volviendo á poco, siempre con su cigarrillo en los labios, entregó á su padre una fotografía amarillenta y estropeada. Un estremecimiento involuntario experimentó Damour al fijar sus ojos turbados sobre aquel retrato, y exclamó:

—¡Eugenio! ¡mi pobre Eugenio!

Y pasó el retrato á Berru, quien lleno de emocion, dijo:

—Es muy parecido.

Le llegó su vez á Luisa. Guardó la fotografía un instante; pero las lágrimas la sofocaban, y la volvió á su padre, diciendo:

—¡Oh! yo lo recuerdo muy bien.... ¡era tan gallardo!

Entónces los tres, cediendo á su ternura, lloraron jun-

tos. El retrato dió otra vez la vuelta á la mesa, enmedio de las reflexiones más conmovedoras. El aire había alterado los colores: el pobre Eugenio, con su uniforme de guardia nacional, parecía una sombra vaga. Habiendo Damour vuelto el retrato pòr el reverso, leyó lo que había escrito en otro tiempo: "Yo te vengaré," y agitando un cuchillo sobre su cabeza, renovó su juramento.

—¡Sí, sí, yo te vengaré!

—Cuando yo comprendí que mamá quería volverse á casar, dijo Luisa, no he querido dejarle el retrato de mi pobre hermano. Una tarde se lo robé..... Es para tí, papá. Yo te lo regalo.

Damour había puesto la fotografía contra su vaso y la miraba sin cesar. La conversacion volvió á animarse, y Luisa, llena de filial ternura, quiso sacar á su padre de su situacion embarazosa, y le suplicó que accediese en vivir con ella, pero no habiendo podido conseguir que accediese, le ocurrió, en fin, una idea, y le preguntó si consentiría en encargarse del cuidado de una propiedad suya situada cerca de Mantes. Había allí en el edificio un pabellon, donde él viviría muy bien, con una renta de doscientos francos por mes.

—¡Cómo no, si eso es el Paraiso! exclamó Berru que aceptaba por Damour. Si él se fastidia, yo ire á verle.

La semana siguiente, Damour estaba instalado en Bel-Air, la propiedad de su hija; y allí es donde actualmente vive en un perfecto reposo que la Providencia le ha concedido, despues de tantas desgracias como le habían agobiado. Allí engorda y se rejuvenece, vestido de campesino, teniendo el aspecto risueño, franco y bondadoso de un antiguo veterano. Los campesinos le saludan respetuosamente. Se entretiene en cazar y pescar. Se le ve frecuentemente disfrutando del sol en el campo, viendo nacer los trigos, con la conciencia tranquila de un

hombre que no ha cometido ningun crímen. Sus grandes alegrías son cuando viene á visitarlo Luisa y se desayunan juntos en el pabellon. Entónces él le habla con arrullos de nodriza, examina sus adornos con aire de admiracion; y son aquellos unos almuerzos deliciosos en que se sirven excelentes manjares, muchos de ellos preparados por Luisa, y dulces y confituras que trae desde Paris.

Damour no ha intentado ya jamás ver á su esposa. Él no tiene más que su hija, que ha tenido piedad de su anciano padre y que hace su orgullo y su felicidad.

Por lo demás, tampoco ha imaginado siquiera dar ningun paso para restablecer su estado civil. ¿Para qué molestar al gobierno? Todo esto aumenta la tranquilidad que le rodea. Está, pues, en su retiro, perdido, olvidado, sin ser molestado por nadie, sin tener que ruborizarse por los regalos de su hija; miéntras que si lo resucitasen, pudiera bien suceder que los ambiciosos hablasen mal de su posicion, y acabasen por hacerle perder su tranquilidad.

Sin embargo, algunas veces se dan grandes convites en el pabellon, esto es, cuando viene Berru á pasar cuatro ó cinco dias en el campo. Él ha encontrado, al fin, allí el rincon que soñaba hacía largo tiempo. Berru y Damour cazan, pescan, y sienten deslizarse dulcemente los dias, al borde del rio y bajo las enramadas de los bosquecillos. Despues, en la tarde, los dos amigos hablan sobre política. Damour trae de Paris los periódicos anarquistas, y despues de haberlos leido, se convienen las medidas radicales que habría que tomar. Fusilar al gobierno, colgar á los propietarios, incendiar á Paris, para edificar otra ciudad, la verdadera ciudad del pueblo. Ellos están siempre por la felicidad universal obtenida por un exterminio general. En fin, Damour, en el

momento de subir para entregarse al sueño, se aproxima á la fotografía de Eugenio, que ha hecho colocar en un cuadro, y guardando su pipa, exclama:

—¡Sí, sí, yo te vengaré!

Y al otro dia, despues de haber dormido profundamente, con semblante reposado vuelve á la pesca, en tanto que Berru, recostado sobre la yerba, duerme como un patriarca.

FIN.